

EL HIDALGO CRISTIANO

IDEAS RELIGIOSAS DE PEREDA

Grata tarea la mía, hombre de fe cristiana, asomarme al espíritu cristiano de Pereda y pulsar sus latidos, que son vida de su obra excelsa; adentrarme, lleno de respeto y emoción, en el santuario de su alma y de su casa; estudiar, más que al novelista, poeta, costumbrista, crítico, periodista, político, apolo-gista, satírico... en todas estas facetas, al *hombre*, al hombre cristiano, *omnis homo*, en frase de los Libros Santos.

No sé que se haya hecho un estudio detenido del gran mon-tañés en este aspecto. Lo creo, sin embargo, tan interesante y necesario para conocer la personalidad de Pereda, que sin ese estudio la figura del escritor se desdibuja, no se explica completamente, carece de aquella elegancia y firmeza espiritual que la hacen procer entre los grandes literatos españoles. Sin este estudio no conoceremos al hombre, e, ignorándolo, no nos explicaremos su obra.

Nació don José María de Pereda en un hogar sólidamente cristiano, bendecido por Dios con numerosa prole. Último hijo de unos padres modelo de religiosidad, respira un ambiente piadoso. La influencia de la madre, doña Bárbara Sánchez de Porrúa, traba huella tan inborrable en el alma del Benjamín, que fué para él dos veces madre, ya que, juntamente con la vida física, dióle su temple espiritual. Verdadera mujer fuerte, dotada de talento señaladísimo y de cultura y ejercicios de re-ligión que sobrepasaban los límites de lo vulgar, justamente

admirada y alabada por cuantos la conocieron, formada en la escuela de ascetas del temple de Rivadeneira, Granada y Santa Teresa, cuyos libros recitaba y comentaba con admirable ingenio, consagrada a la oración en tal forma que todos los años visitaba, en compañía de su esposo y acompañada muchas veces de sus hijos, el convento dominicano de las Caldas para meditar y practicar ejercicios espirituales, amiga de la vida sencilla del campo, recta, enérgica, ingenua en su fe... a ella debió Pereda todo su carácter entero, su cristianismo sin doblez, su pasión por la naturaleza, su rectitud sin mengua, su sencillez sin pliegues, su ser entero y verdadero. Hasta el pensamiento de la muerte, tan familiar a Pereda, tiene su origen, sin duda, en aquel rasgo singular de su madre que asiste, como Carlos V, a sus propios funerales en el citado convento de las Caldas. Pereda la quiso justamente como a madre y la veneró como a santa.

Tuvó, pues, Pereda escuela singular en el cristianismo de su casa. Una religión primitiva, y, como tal, varonil, clara, sólida, sin mixtificaciones ni distingos, sin ñoñeces ni claudicaciones, ni oportunistas, debidamente ilustrada y prácticamente vivida, hermanóse con su espíritu y su carácter, opuestos por estructura y vocación a todas las divagaciones metafísicas o artísticas, y mucho más a conductas que nublasen o complicasen la suprema sencillez de las verdades divinas. Pereda era todo luz, y así pudo responder a la pregunta "¿qué es lo que más le hace gozar? La conciencia sin remordimiento?"

No claudicó jamás Pereda, no volvió las espaldas a la escuela del hogar paterno, y por ello enérgico, altivo, no por soberbia, sino por dignidad, castizo, íntegro y firme, viven en él las virtudes de sus inmortales creaciones, la austeridad de don Lope del Robledal, la bondad del Patriarca de Coterucó y la rancia fe del señor de Tablanca. Como ellos es humilde. Con talento, posición y figura, la niebla de la vanidad no le envolvió, no le sedujo el falso brillo. Su sencillez, hermana gemela de la humildad, ya que no su hija, odiaba toda manifestación teatral, aun en el seno de la familia. Así se explica su desdén, que no faltará quien traduzca infundadamente por altivez, por las glorias de la tierra. Decía que "la gloria puede admitirse

cuando llega, a pesar de que el glorificado haga lo posible por evitarla”; y él, humilde, nunca creyó que su obra llegara a valer lo que valía, según confiesan sus íntimos. Esa misma humildad tenía en Pereda otra nota singular, el amor a la penumbra, a la timidez. Narraba con amenidad extraordinaria, pero le aterraba decir algo en público. Simplicidad de vida humilde que tuvo fiel expresión en labios del señor de Tablanca, en *Peñas arriba*: “cuanta menor carga de antojos se saque de esta vida, más andadero se encuentra el camino de la otra.” Este desprecio de la ficción mundana y esta simplicidad de espíritu dábanle ante algunos fama de huraño. Acaso la clave de ello esté en la melancolía que hay en el fondo del carácter de Pereda, que le hace plegarse sobre sí mismo en la intensidad de una vida interior insospechada. Porque Pereda, aun en los días en que grandes amarguras de la vida invaden su alma y los nervios en tensión torturan su cuerpo, es el hombre sereno, con un don singular de equilibrio, que excluye en torno suyo la nota pesimista y desesperada. En su hogar, inmensamente amado por él, no hay locas y estrepitosas alegrías, ni tampoco nubarrones lúgubres, gritos de rebeldía. Este gran señor, de recio cuño español, hidalgo por cuna, por temperamento, por vocación, por gusto y por necesidad, arquetipo de una casta de hidalgos, era la encarnación y síntesis de una raza de caballeros cristianos que eran señores de todo y sólo se dejaban enseñorear por Dios.

Adentrémonos más todavía en el espíritu de Pereda. El cristianismo del inmortal montañés no era ni platónico, ni rutinario, ni menos teorizante o de nombre; era, consciente e ilustrado, la suprema realidad de su vida. Véalo conmigo el lector.

En el regazo de una madre culta y santa y a su lado iniciábase Pereda en el estudio de nuestros ascetas del siglo de Oro, que han de serle familiares. Lee los Libros Santos, déjase cautivar por la sublimidad de Job el día en que Dios le prueba con aquel tremendo infortunio que marca, con la cruz, dos etapas en su vida; San Agustín, el Kempis, Santa Teresa, Rivadeneira, los dos Fray Luises y otros clásicos escritores de ascética saboréalos con frecuencia. Conocía, pues, doctrinalmente su religión, y, espíritu recto por naturaleza, entrególe su inteli-

gencia, su corazón y su vida. Pereda fué un creyente sincero y práctico, cumplidor exacto de sus deberes de cristiano. Vázquez de Mella cantó maravillosamente, en el teatro Español de Madrid, el genio de Pereda por las hondas raíces de su fe; Pidal, no menos elocuentemente y en la misma ocasión, brindó el ejemplo del insigne montañés como rotunda afirmación contra las negaciones religiosas; Menéndez y Pelayo evocó entonces, y también maravillosamente, al amigo "cristiano ingenio que tanto bien hizo a las almas deleitándolas honestamente." Y añadió el gran polígrafo: "fué Pereda un hidalgo que escribió libros donde se refleja su espíritu creyente y castizo, donde se aprende a vivir bien y a morir mejor. Fué el alma de Pereda íntegramente cristiana, con práctico y positivo cristianismo". "Ponía sobre todas las cosas, como su ideal más señero, en lo más alto la cruz", escribió José Montero del inmortal montañés.

La Cruz yérguese augusta, soberana y misericordiosa, en la vida del novelista, preside su hogar y campea siempre en las maravillosas descripciones que hace de su querida Montaña, como acabada expresión de una fe sin titubeos, hondamente sentida. No podrá negarlo quien conozca la vida y la obra de este ingenio cristiano. Hay momentos en que esa fe vibra con tal intensidad en el ánimo de Pereda que le trueca en gallardo apologista, cuando después de la revolución *Septembrina*, al ver atacada y perseguida su Religión, pluma en ristre, desde las páginas de *El Tío Cayetano*, paladín del Catolicismo, arremete contra tiranos, herejes y blasfemos poniéndolos en la picota del ridículo, confesando los dogmas del Credo con la convicción de un mártir y con el ardor de un apóstol. El famoso semanario es su más preclara patente de ello. Pereda no toleró jamás los ultrajes a su Madre la Iglesia Católica a los que, como Patricio Rigüelta, decían y practicaban el "siempre tiré poco por la Iglesia".

Más de un ataque violento e irascible, de quienes blasonando intolerancia no la conocen, merecieron al gran escritor sus ideas religiosas. Pereda, sinceridad y firmeza de gran señor, no las sacrificó nunca a la vanidad o al halago. Galdós mismo, su gran amigo, reconoció estas convicciones.

Poco conocida, pero muy interesante, esta faceta de Pereda apologista de la Religión, defendida con bríos juveniles y con

gallardía y donaire singulares, lo es menos todavía, si cabe, su rápida excursión a la política activa, incorporado brevemente, por comunión de ideas religiosas, al partido carlista en calidad de diputado. El temple de su carácter rectilíneo avenfase mal con la política, y pronto plegó sus tiendas volviendo a sus telares literarios. Su vocación era escribir; su arma, la pluma.

Niñez y juventud privilegiada la de Pereda para su formación cristiana, adolescente llega a Madrid y vive observando lo que más tarde ha de narrar en *Pedro Sánchez*, el más autobiográfico de sus libros. La Montaña le atrae irresistiblemente y retorna al hogar. Sin maestros, ni modelos, ni ambiente de preparación concreta, con tan ilimitada individualidad que Menéndez y Pelayo dijo de Pereda que “ni tuvo maestros ni ha dejado discípulos”, emprende su tarea y sale al mundo literario al iniciarse la decadencia del romanticismo y cuando el afrancesamiento daba a nuestra política un tono progresista y un carácter de pueblo imitador. Así, sin modelos ni doctrinas estéticas rebuscadas, hizo este ingenio de la raza su obra de sano realismo, no comprendida por algunos, como el mismo Trueba, y defendida por otros, como el P. Coloma, aun con referencia a *La Montálvez*. El realismo de Pereda es como un brote milagroso de inspiración cristiana. Desde *Escenas Montañesas*, y aun antes, hasta *Pachín González*, en más de treinta y dos años de vida literaria Pereda arrancó al granito inmortal de las canteras montañesas, y esculpió con el cincel de su ingenio, y animó con el soplo de su fe cristiana esas figuras de hidalgos, curas, frailes, hembras, pícaros, jándalos, indianos, labriegos... que no morirán nunca, porque en ellas puso, no sólo su mano de artista, sino su alma de creyente. Tres libros tiene Pereda verdaderamente típicos, a mi modo de ver síntesis de su producción. *Pedro Sánchez*, novela urbana, relato de suprema amenidad, autobiografía en no pocas páginas, norma de equilibrio; *Sotileza*, maravilla de observación costumbrista, cumbre de perfección literaria, con ingente volumen espiritual en sus héroes, y *Peñas arriba*, éxtasis del genio, canto a la Naturaleza, síntesis de ideología cristiana y social. Pues bien, en estas tres producciones las ideas religiosas del autor son la atmósfera de sus personajes. Quien pretenda substraerselas, los condena a

muerte literaria. ¿Quién se admira de que *Pedro Sánchez*, leyendo las Confesiones de San Agustín y la Guía de Pecadores, tenga tan verdadero sentido cristiano de la vida que lo retrate en la muerte del pobre Balduque invocando en la barricada la misericordia divina; infunda tanto respeto a Matica que no se atreva a hablar descaradamente en presencia de aquél, y viva tan hermanado en espíritu con el cura que pueda decir: “hablamos poco, casi nada, de lo de tejas abajo y mucho de lo de tejas arriba”? ¿Quién olvida, leyendo el poema de los marreantes santanderinos, *Sotileza*, al bendito Padre Apolinar, el pobre exclaustro de sotana remendada, *Fray Cristóforo* de Manzoni redivivo, alma seráfica, verdadero don de sí mismo, todo desprendimiento y caridad cristiana? ¿Al tío Mechelín y tía Sidora, los dos vejetes abrigo y amparo de *Sotileza*, de vida tan resignada y confiada en la Providencia de Dios, en aquella covacha presidida por las estampas de la Virgen del Carmen, San Pedro y San Miguel? ¿Al Andrés, el noblote hijo de Bitadura “creyente a puño cerrado” que no se hartaba de encargar misas a San Pedro, a los Mártires y a la Virgen? ¿Al patrón de la barca, descubierta la cabeza, al salir del puerto lanzando la clásica loa “¡alabado sea Dios!” y ordenando la recitación del Credo frente a la “soledad y al silencio de las grandes maravillas de Dios”? ¿Al enamorado y bondadoso Cole lanzando el grito ritual de “¡alabado sea Dios!” a la primera mordedura el día de la pesca, recibiendo luego emocionado la medalla de la Virgen de manos de *Sotileza*, cantando su felicidad y alabando la “bondad de Dios” al escuchar el ausiado sí de la famosa callealtera? Y, sobre todo, ¿quién, leyendo este poema del mar, no se extasía ante la inmortal figura de su heroína, arisca, bravía y enigmática, ligera y graciosa, dulce y fuerte, “finuca ella”, limpia, hacendosa, y, sobre todo, buena, buena cristiana, lo mismo cuando discute con Andrés, que cuando vela por sus viejos protectores, que cuando frena a Muergo y entrega su porvenir a Cole? ¿Y los personajes de aquel capítulo “la más grave de todas las consecuencias”, página aurea entre las clásicas de nuestras letras, la descripción de la galerna, los gritos en medio de la borrasca trágica “¡Virgen del mar, adelante!”, las fervientes y pías promesas de los

contristados pescadores, de rodillas, sobre el abismo de la muerte, el consejo de Reñales “ponerse en manos de Dios y entrar por donde se pueda”, el jubiloso “¡Jesús y adentro!” y el devoto desfile de los fervorosos mareantes camino del templo “descalzos, y con los vestidos mojados aún por el agua de la tempestad, y con los remos y velas al hombro”? Ante ellas sólo cabe exclamar con el ingenuo Padre Apolinar: “¡Estas son almas...! ¡Esto es alquitrán fino...! ¿Ves cómo Dios está en los cielos y tiene para todos los que lo merecen”?

Este hondo espíritu cristiano anima y nutre aun más intensamente las páginas de *Peñas arriba*, la obra cumbre de Pereda, jalón que marca el Tabor de su gloria literaria y el Calvario de su vida, crucificada el 2 de septiembre de 1893 con la trágica muerte de su bonísimo hijo Juan Manuel.

Peñas arriba, la mejor y más genial novela de Pereda, es la más perfecta pintura de la vida de un pueblo cristiano que vive el Evangelio. Don Celso, el austero y patriarcal señor de Tablanca, y don Sabas, el buen cura, y el recio solitario de Provedaño, y Neluco, el discreto médico, ¡cómo comprenden el *miserere super turbam* de Cristo! La Casona es el hogar de todos, y para todos hay calor de paternal y cristiano amor en ella. ¡Qué vida y qué muerte la del señor de Tablanca! ¡Vivir para proteger a los humildes, convivir con ellos penas y alegrías, morir contento cuando el buen viejo adquiere la convicción de que les deja en su sobrino el continuador de sus desvelos... “y la puchera de los pobres de Tablanca”. Sentir la providencia divina, ya que “Dios es Dios y lo que El quiera ha de ser y lo que debe ser”, porque, como dice la triste Facia, “siempre lo que Dios jaz está bien jechu”; mirar en las solemnes horas de la existencia al crucifijo “que estaba colgado sobre el testero de su cama”; es el mejor camino para llegar, sereno y tranquilo, a la grave hora de emocionante y postrer adiós en la tarde de la vida. “Te puedo jurar que no me asusta la muerte, porque soy viejo y cristiano y sé que ha de venir sin tardar mucho, y que me toca esperarla confiado en la misericordia de Dios, como la espero.” Y tranquilo la recibe recitando “sílabo a sílabo, el *Miserere*, bendiciendo la voluntad de Dios por siempre jamás, amén”. ¡Cómo se dispone a morir el señor de Ta-

blanca! Pereda lo describe con tanta emotividad y unción que el lector siente el escalofrío de lo sublime ante la recepción del Viático, maravilloso cuadro de colorido sin igual, y se conmueve con el relato del diálogo entre el cura y el moribundo, los postreros consejos y bendiciones del hidalgo mientras va pasando “entre los dedos sarmentosos de su diestra cuentas y más cuentas del rosario y reza que reza entre dientes”. “Antes de morir con el cuerpo—continúa Pereda, sin duda, en trazo autobiográfico—estaba ya en el otro mundo con el espíritu. De Dios era, a Dios iba y sólo de Dios esperaba”. El señor de Tablanca baja al sepulcro amortajado con el humilde hábito franciscano.

Y como el señor de Tablanca el de la histórica torre de Provedaño, tallado en la misma cantera del de Tablanca, y como él enamorado de los pobres. Y como ambos, don Sabas, el cura de Tablanca, alma bondadosa y sencilla, fuerte y valeroso, enamorado de sus montañas, cantor de Dios frente a la Naturaleza en aquel *Benedicite*, nuevo salmo que brota de labios del cura en *Peñas arriba: Excelsus super omnes gentes Dominus...* Y Chisco, lo mismo criado fidelísimo, que atrevido y valeroso, que rezador devoto. En *Peñas arriba* la oración es un deber cristiano. Rézase el rosario en la cocina de la Casona todas las noches, reza Marcelo ante la imponente tempestad; Chisco lleva el rosario al cuello y reza en el santuario humilde; reza Neluco, el médico, “una salve en latín...” La fe cristiana de Pereda, que conocía las delicias del trato con Dios, no privó a las creaciones de su ingenio de este regalo divino de la oración. Así tienen inmensa espiritualidad.

No es ajena, ni mucho menos, al cristianismo de Pereda escritor su ardiente pasión por la Naturaleza, cómo la veía, cómo la sentía y cómo la pintaba. No podía vivir, dijo Galdós, “fuera de la maternal compañía de la Naturaleza”. Sentía a Dios en la augusta soledad de los campos y montañas. Hay en las páginas de los libros de Pereda como un panteísmo ortodoxo que no es fingido, porque es fiel reflejo de la frase escrituraria “en El vivimos, nos mevemos y somos”. Por eso la paleta del Teniers de Cantabria tiene inmortal fuerza y colorido. También él, como don Sabas, se deleita y asombra ante las maravi-

llas de Dios en la Creación. También él, con Neluco, canta y defiende la vida del campo. También él, con Andrés de *Sotileza*, se embriaga con las auras salobres del mar. También él, con el señor de Tablanca, y el de la torre de Provedaño, ve a Dios en el bramar de los huracanes y en la aspereza bravía de los acantilados. ¡Así siente Pereda la tierra, así la canta y así la pinta! Para él la Naturaleza es un altar, y tiene aromas divinos el incienso que el artista quema en las aras. Por eso nadie le ha superado en este género descriptivo. Es que mojaba en su fe religiosa la paleta con que pintaba, y así hay fuerza, realismo, espiritualidad y unción en sus cuadros.

Una reflexión final. La talla espiritual de un cristiano midesse frente a la muerte. Morir para un hombre de fe es trocar la vida, no es perderla, como dice la Iglesia; es saltar al bajel que lleva a las playas eternas. La grandeza moral del Pereda cristiano agigántase ante la muerte. La idea de la muerte le era completamente familiar, dicen cuantos le trataron, y con ella vivía en constante coloquio. La tragedia de aquel triste día de otoño, señalado con una cruz en el original de *Peñas arriba*, que segó la vida juvenil del primogénito de Pereda, si llenó de llanto sus ojos y de luto su alma, selló su amistad con la Muerte. Para ella vive desde entonces el escritor, que muere al mundo diez años antes de su muerte efectiva. Galdós dibuja el diseño del sepulcro de su admirado amigo y escoge los textos que en aquel han de grabarse. Pereda mismo llega a echarse materialmente en el suelo para que los artífices tomen más cómodamente las medidas de la que él llamaba y ofrecía a sus amigos como "su casa particular", que visitaba casi diariamente en el cementerio de Polanco.

Y a medida que se acercaba la muerte se acrecentaba el afán de otra vida mejor, del cielo. Pereda, sencillo en todo, lo fué en su cristianismo profesado con tanta adhesión al principio sobrenatural de la fe que lo convertía en algo connatural a su persona: Su peregrino ingenio buscó por confidente de su alma un confesor a quien nadie llamaba docto, y no lo era, pero que le satisfacía y bastaba, porque representaba a Dios. Pereda vivía muy entregado a la oración, no en cuanto ésta significa mecánico recitado de letanías de padrenuestros, sino en cuanto

es elevación de la mente a Dios". Pereda había convenido con su esposa el avisarse en caso de enfermedad a los dos días de treinta y ocho grados de fiebre, para prepararse a morir. Y así lo hizo su mujer. Llegó un día en que el vendaval de la vida quebrantó la robustez de Pereda, roble montañés, recio como el dé la Cajigona, pero abatido, al fin, por dura enfermedad. La Intrusa no lo fué para Pereda. La esperaba largo tiempo hacía, como la puerta de la eterna vida, y, como San Francisco, pudo decirle el "¡Bienvenida sea la Hermana Muerte!" Y la Hermana Muerte, piadosa, llevó un día al gran español y buen cristiano a los brazos divinos. Pereda en este solemne trance, como en su vida entera, sintió el franciscanismo, flor del cristianismo. Recordaba con frecuencia, dicen los familiares del insigne escritor, la adorable figura del pobrecillo de Asís. Y aquella sencillez evangélica, que es naturalidad, y, como tal, verdad, y, como tal, humildad; aquel amor a la Naturaleza, como obra de Dios celebrada en el Canto al Hermano Sol o de las Criaturas; aquel sentido divino, y por ello mismo humano, de la vida; aquella adhesión leal a la Iglesia, con fidelidad filial; aquel desprendimiento de todo lo mundano y aquel trato familiar con la muerte... notas distintivas del franciscanismo, constituyen el tesoro espiritual, que el Cielo ha premiado ya y la tierra ha de bendecir siempre, de aquel hidalgo del espíritu. Pereda, a quien con razón evoca el dulce poeta de la Montaña Amós Escalante.

¡Dichoso tú que en la ganada cumbre,
al derribar del hombro fatigado
la vida y su gloriosa pesadumbre,
podrás decir: "A tu mandato llego;
esto, Señor, me diste; esto he logrado:
tuyos lucro y caudal, te los entrego!

P. Juan R. de Legísima.

(Franciscano).